

MÁRTIR DE LA CAUSA

MIGUEL MENA

Sucedió poco tiempo después de la guerra, en los años del hambre. En esa época existía en Radio Amanecer un colaborador llamado Francisco Benedí Matagullana, un hombre pequeñito, tirando a minúsculo, al que todos conocían como don Frasquito. El señor Benedí trabajaba como profesor de canto para niños y jóvenes principiantes, pero había elegido unos tiempos difíciles para dedicarse al arte. El sueldo de la academia no daba para muchas alegrías porque escaseaban los alumnos. La mayoría de las familias tenían, sobre todo, preocupaciones digestivas. Puestos a elegir entre una col y una corchea, casi nadie dudaba en qué invertir sus pocas pesetas; y en cuanto a la música, los papás y las mamás se conformaban con que sus hijos aprendieran a cantar el *Cara al sol*, que nunca les abriría las puertas de la Scala de Milán pero era un seguro de vida en los tiempos que corrían.

Don Frasquito realizaba una pequeña colaboración en la radio. Cada semana seleccionaba una obra de música clásica, de las que ya existían en disco de piedra, y la presentaba a la audiencia con una larga introducción en la que recorría la vida y milagros de los compositores, además de algunos detalles sobre la orquesta. También comentaba las actuaciones recientes y las que estaban por llegar a Madrid, y todo eso sin cobrar una peseta, sólo a cambio de un pase que le permitía asistir gratuitamente a los conciertos que se celebraban en la ciudad, lo cual tampoco era un lujo porque casi siempre se trataba de actuaciones de la banda de música del Ejército de Tierra.

Mucha gente intuía que el comentarista aprovechaba su visita semanal a la emisora para sisar alguna pequeñez de las que quedaban fuera de la cartilla de racionamiento. Cositas que le resarcían de colaborar sin sueldo. Un día se apoderaba de una pluma estilográfica y al siguiente desaparecía una pastilla de jabón. A veces se atrevía con un cuaderno o una revista, se hacía con el esparadrapo del botiquín o tras su paso por el bar desaparecían los palillos, las servilletas, el bicarbonato y algunos sobrecitos para hacer agua de litines. No parecía que la empresa fuera a quebrar por su cleptomanía, así que todo el mundo hacía como que lo ignoraba, y él sentía que sus robos pasaban tan desapercibidos como su programa. Y así fue hasta el día en que don Frasquito se vino abajo y le sorprendieron con uno de sus botines más preciados.

Ocurrió cuando salía del edificio después de presentar a los oyentes un concierto de Beethoven y tras haber trincado un rollo de papel higiénico en el cuarto de la limpieza. La felicidad se le acabó justo cuando ponía el pie en la calle. En ese momento dobló la esquina el jefe y lo hizo con tanto ímpetu que se lo llevó por delante.

El director era un hombre muy corpulento. Parecía un boxeador, con los hombros como un armario y una barriga que le sobresalía medio metro. El choque entre aquella mole humana y esa especie de jilguero que era don

Frasquito se saldó con éste último rodando por los suelos. El señor Benedí salió despedido por el impacto, y junto a él, envuelto en celofán amarillo, también rodó un rollo de papel higiénico, marca «El Elefante». Pero «El Elefante» no pudo con el hipopótamo. El jefe se impuso en el choque con una insultante fortaleza. Apenas apreció que había arrollado a un hombre; todo su interés tras el tropezón se concentró en aquel artículo que rodaba sobre la acera.

—¡Coño! —exclamó—. ¿y ese rollo de dónde ha salido?

En una circunstancia así hay que apelar a todos los resortes de supervivencia. Don Frasquito tenía que haber dicho que lo compró con sus ahorros o que se lo regalaron por su cumpleaños y lo sacaba a pasear cada día; cualquier cosa menos delatarse. Pero no hizo nada de eso. Se sintió descubierto, se sintió irremediabilmente atrapado, y en lugar de recurrir a una mentira piadosa prefirió implorar piedad con un argumento sincero pero poco práctico:

—Compréndame —susurró mientras se incorporaba—. No puedo más. En la pensión donde vivo nos tenemos que limpiar con la prensa del día anterior, y a mí me da reparo pasarme las hojas del *Arriba* por donde usted ya sabe.

El pobre Benedí tenía alergia a los trozos de periódico cortados en cuadraditos y pinchados en un alambre, algo muy frecuente en los váteres de aquellos años, pero el jefe no pudo soportar aquella alusión tan guarra a su diario favorito, el órgano informativo de la Falange, el periódico que todo el mundo estaba obligado a leer en la radio. Siendo muy generoso, podía perdonar el desliz de don Frasquito como delincuente, pero jamás tragaría que mezclase la prensa del régimen con la mismísima mierda. Eso le hizo estallar en cólera:

—¡Fuera de aquí! —bramó el rinoceronte humano—. ¡Fuera o le doy una hostia que lo dejo estreñado hasta que se muera!

El descuidero prefirió desaparecer antes de que lo fulminaran. Así acabó su presencia en la radiodifusión española, pero por lo menos conservó la vida y el rollo de papel. Aunque el botín le duró muy poco. Debido a la impresión y el disgusto, le sobrevino un corte de digestión, seguido de una feroz diarrea que lo tuvo tres días sin salir del baño.

A pesar de ser un hombre tan desgraciado, su memoria sigue viva en Radio Amanecer y todo el que se lleva unas pilas, una cinta de casete o un paquetito de folios lo hace como homenaje a don Frasquito. Su recuerdo nos inspira y nos protege en la rapiña diaria. Amén.

